

# En memoria del Reverendo D. José Antonio Carceller Besalduch

E. Serret

El pasado 27 de enero falleció en Castellón don José Carceller a la edad de 89 años después de toda una vida, 61 años, dedicada al sacerdocio.

Don José nació el 16 de enero de 1913 en Cuevas de Vinromá, donde vivió hasta los 26 años, fecha en la que ingresó como seminarista en la localidad de Tortosa.

Se ordenó como sacerdote en esta misma ciudad el día 9 de junio de 1940, celebrando su primera misa en la Iglesia de Valldoreix (Barcelona), lugar donde vivía entonces su familia. Continuó su vida sacerdotal en el obispado de Tortosa hasta agosto 1944, en este año pasa a ser párroco de Villanueva de Alcolea hasta 1949. A partir de entonces comienza a desempeñar sus funciones en Albocácer junto con su hermano Manuel. Desde 1971 ejerció su ministerio en la ciudad de Castellón.

Como paisano nuestro parece que es justo recordarle con unas líneas ya que junto a su hermano Manuel, capellán del Hospital Provincial de Castellón, somos muchas las personas que pueden testimoniar el apoyo por ellos recibido.

En estos últimos años, por razón de vecindad, he tenido la ocasión de comprobar con cuanta humildad, virtud y abnegación desempeñaba su trabajo de sacerdote. Durante los días de su corta enfermedad, le he visitado en algunas ocasiones, cosa que me ha hecho conocerle más profundamente y



acercarme al buen hombre que tantas veces había escuchado en la Capilla del Calvario y en la Homilía del día de San Roc.

Él no escatimaba esfuerzo, vivía para lo que era su verdadera vocación aún 12 años después de haber celebrado ya sus bodas de oro como sacerdote. Hasta no hace muchos años, hiciese frío o calor, iba, a primerísima hora de la mañana, a officiar la misa del Convento de las Capuchinas y hasta el mismo día que enfermó siguió con su cargo de Consiliario de la Adoración Perpetua y María de los Sagrarios. Ade-

más, ayudaba a su hermano en su tarea de Capellán del Hospital y se encargaba, cada año, de organizar dos vagones de tren para que los enfermos, que así lo desearan, pudieran peregrinar a Lourdes. Don José también pasó largas horas sentado en el confesionario de la Iglesia de Santísima Trinidad, hasta las nueve de la noche, por si alguien le necesitaba como confesor. ¡Cuántas personas le echarán de menos como consejero espiritual!

Me gustaría añadir la resignación con que afrontó su enfermedad, sabiendo, según sus propias palabras que se iba al Cielo sin nunca decir que se estaba muriendo. A mí, concretamente, me dijo que pronto iría a Cuevas definitivamente. ¡Mosén José, allí donde esté rece por todos los que hemos tenido la suerte de conocerle!